

## 2.La visita

Woland



# Capítulo 1

## La Visita

-Toma el trapo y comienza a limpiar.

Ella me pregunta que para qué, si no es hora de comer. Le digo con voz ronca por el resfriado que agarre la botellita plástica -la roja no Belu, la blanca, sí, esa sobre la repisa -, y lo humedezca un poco para que inicie por la mesa de roble, porque dentro de poco, alguien va a llegar a la casa.

-¿Quién es? -me pregunta, arqueando las cejas sobre las gafas.

-No sé -le respondo encogiendo los hombros-, pero alguien va a venir, eso es seguro.

Mama Jana lo dijo con insistencia antes de irse a dormir el sábado por la noche, a eso de las 8 con 30, para luego no despertar. El domingo, viéndonos las caras, preguntándonos por qué no salió a desayunar, nos dimos cuenta de que estaba muerta.

Hicimos las llamadas que se hacen cuando pasan estas cosas; preparamos el Nescafé, los buñuelos, las empanadas porque hay que variar; invitamos a los vecinos, a los colegas de la escuela en la que trabajaba hacía ya varios años, incluso estuvieron los estudiantes que frecuentaban la biblioteca municipal de la que estaba a cargo.

El velorio no distrajo de la orden póstuma y hoy, que es lunes por la tarde, cuando yace enterrada en el cementerio contiguo a La Plaza De Los Héroes, recién recuerdo aquello de la visita y le he dicho a Belu que se ponga a limpiar.

-Anda que yo iré a comprar las cosas -le digo a la vez que peino la cabellera hacia el costado izquierdo mirándome al espejo-. Carne de cerdo sería una buena opción -comento en voz alta sin intención de que opine y lo hace, no escucho.

Puede que quien venga sea alérgico a la carne de res como mama Jana, con esa costumbre supersticiosa que tenía de juntarse con los que más se le parecían, según para seguir haciéndolo después de muerta (cosa de

viejos y de la gente de su tierra), sí, mejor evitar que lamentar.

–¡Eh! no olvides los platos Belu, que sean los de figuritas, la porcelana ni la toques –en ese instante veo a mamá nuevamente entregándome la vajilla por mi catorceavo cumpleaños: «Es para cuando te cases, hijo». No esperé la ocasión (usar un plato no me vetará del altar)

Las llaves del escarabajo están colgadas en la pared, me pregunto si es prudente llevarlo, entonces recuerdo la cajetilla de Marlboro en el bolsillo de la chamarra que me mira desde el perchero y al final me decido.

–Espero encontrar la sala y la mesa immaculadas o te olvidas del viaje a fin de mes.

En realidad, tal viaje no puede cancelarse, ya se hicieron los pagos la semana pasada.

–¿Belu? ¡Oye!

–Que sí, que no estoy sorda–responde frunciendo el ceño.

Cuando estoy por entrar al coche, un escándalo me distrae. Un tumulto de gente llorando a todo pulmón se aproxima cargando un féretro; gritan discordantes un nombre que no alcanzo a entender.

–¡Carajo! –digo mientras saco la cajetilla de cigarros–. La gente está cayendo como moscas.

Agito la caja y el pitillo se desliza sobre la palma.

Faltándome un tramo para estar en la plaza, ralentizo la marcha, me detengo. Ya frente a la cebra asfaltada doy una bocanada y extendiendo por fuera el brazo para no apestar demasiado el escarabajo. En la radio, sintonizo una estación americana (Jim Morrison suena magnético) y giro el dial del volumen tarareando *Riders On The Storm*. De golpe un coyote se abalanza sobre mi brazo y por suerte reacciono a tiempo volviéndola a dentro como lengua de sapo.

–¡La puta madre! –grito, echándome en el asiento del copiloto.

El coyote me aúlla enardecido, muerde la ventanilla que sobresale de la puerta y al segundo estoy dándole las gracias a Dios por no traer puesto el cinturón de seguridad. Menuda ironía.

Lo pateo con la vaquera zurda y como puedo subo el vidrio hasta la mitad en el momento en el que reanuda su ataque e intenta meterse a la fuerza

por la abertura.

-¡Maldito animal! -grito y piso a fondo el acelerador sin que el brillo verde aparezca todavía-. No te doy un tiro porque no traigo el revólver.

Miro a ambos lados, busco con un dejo de desespero cualquier coche acercándose; me relajo, no hay nada a la vista.

Aparco el escarabajo sin apagarlo, veo a través del parabrisas el letrero que se balancea dándome la bienvenida y de fondo "*take him by the hand make him understand*" resbalando suave del estéreo.

Ya de pie con la mano derecha sobre el techo del coche, me es inevitable no echarle un ojo a la puerta; me inclino para detallarla. No hay marcas, ni siquiera una pizca de baba.

-¡Peluca! -me grita Marín -¿Te han rayado el Cadillac? -me dice a modo de burla, mientras las volutas de humo salen y suben como si pesaran; las miro ascender y por un instante parecen confundirse con ese cielo de ceniza que se extiende por toda la zona.

-Va a llover -murmuro.

-¿Qué es lo que dices?

-Que va a llover, pendejo.

Allí están, sentados y departiendo con algunas botellas junto a Javier Marín a la cabeza; reputado miembro de la comitiva estudiantil de la facultad de teatro y cine. También, entre el colectivo, esta Lucía, Lucía Humboldt, la becada del semestre pasado; la ganadora del viaje al American Academy of Dramatic Arts de New York, y alfil principal de Marín en las manifestaciones contra la incursión de La Republica de Ambrosia del sur en la guerra de Vietnam.

Marín me aborda con cerveza en mano, pone su velludo brazo alrededor de mi cuello y me presenta por segunda vez con algunos del grupo, no lo hace con Lucía.

-Hi Bruno -me dice ella extendiendo la mano repleta de manillas de piedras, aros y un par de anillos.

-¿Practicar tu inglés? -respondo sonriendo, dándole la mía.

-Deberías hacer lo mismo, a menos que no quieras la beca de este semestre.

Lucía y yo nos conocimos desde hace tiempo, éramos compañeros de reparto y rivales. La segunda favorita del concurso (yo era el primero), y a pesar del favoritismo que se tenía por mí, perdí contra ella. No me dejó un mal sabor, aunque muchos pensaron que fue así. Nadie podía negar su talento para interpretar un papel, para rasgarse las vestiduras de ser necesario y dejarlo todo en el escenario, apoyándose en sus rasgos finos y mixtos, en su tez bronceada, en los ojos esmeralda y la rubia melena. Ahora que lo pienso, dudo que en el campus exista estudiante o profesor alguno que haya quedado indemne ante tanto carisma y belleza.

-Aquí campeón -dice Marín, apartándose del trance -. Te quería proponer algo.

-¿Y qué será eso? -pregunto sin mucho interés.

Marín me cuenta sobre una serie de performance que se harán justo aquí en medio de La Plaza como símbolo de protesta para el lunes siguiente, luego, un multitudinario recorrido con pitos, panderetas y timbales hasta finalizar en el anfiteatro junto al canal que lleva al puerto, donde, además, me dice que tienen planeado...

Marín sigue hablando, su voz la siento distante y yo solo pienso en que debo apurarme para que no me agarre la lluvia en medio de la vía. Me sacude del hombro.

-¿Entonces qué dices? -pregunta con seriedad.

-Sí...sobre eso, luego que salga hablamos -le respondo con vaguedad, yendo al interior de la carnicería, dejándolo atrás a mitad de sus palabras.

Cierro la puerta, mis ojos se pierden entre vísceras y piernas. El carnicero aparece, me mira y abre los brazos saludándome con un cuchillo en la mano y en la otra una chaira.

-¡Bruno, muchacho! ¿cómo va la cosa?

-Ahí.

-Hombre, es una pena lo de tu abuela, estaba dura y aun así...tan de repente -me dice mientras afila el cuchillo.

–Así tan de repente –repito con aire cansado mientras examino mi antebrazo.

El cuero no tiene rastros de rasguño alguno.

–¿Se te descoció? Mira, por allá, diagonal a la plaza hay una mercería, podrías comprarte alguna cosa o mejor llevar la chamarra al Camino De Los Sastres, no está lejos, solo doblas la esquina y ya estás ahí.

–Gracias, pero no. Un coyote intentó prenderse del brazo cuando llegué al semáforo, solo logró morder el cuero y...–me detuve en esa frase, porque tal como acababa de comprobar, tanto la puerta como la chamarra se encontraban en buenas condiciones y luego agregué –. Al final no me hizo nada, supongo que no tenía dientes.

El carnicero arruga la cara con extrañeza.

–Pero si por aquí no hay coyotes.

Me le quedo mirando de hito en hito, a la espera de la risa. No hay risa.

–Bueno ¿y qué se te antoja hoy? –pregunta señalando con el cuchillo la hilera de carnes suspendidas.

–La de cerdo –respondo volviéndome, tratando de divisar a lo lejos tras la puerta de cristal el cielo encapotado que aún no deja caer su primera gota. Ahora mis ojos se van al suelo. Hay una mancha oscura y ondulante que llama irrevocablemente mi atención, a lo lejos una masa sin forma definida, pero al ponerme los lentes se deja ver entre todo ese aparente desorden una legión de hormigas yendo y viniendo en círculos, devorando con parsimonia el cadáver de una mariposa imperial.

–¿Te quieres llevar algo más? –pregunta, tocando el mostrador.

Lo veo, le sonrío con los labios apretados, saco el billete y lo extiendo entre los dedos.

–No, eso es todo.

De camino a la entrada con las manos atestadas y sin apartar la vista de las nubes, mis ojos se encuentran con los de Lucía, me sonrío, me abre la puerta.

–Gracias, señorita Humboldt –le digo asintiendo.

Ella sonríe nuevamente y esta vez cierra los ojos. Marín pregunta si los puedo acercar a sus casas y yo echo un vistazo a arriba.

– Qu  tanto ves? El cielo no se va a caer, no por ahora –me dice Lucía y ahí va otra vez asomando sus dientes con su mirada blanda y luminosa –. A ver, trae acá –se inclina y agarra una de las bolsas.

Las puertas se cierran, los cinturones se ajustan. Me vuelvo en el respaldo del asiento mientras el coche va en reversa.

– Todos listos? –ellos asienten–. Vámonos.

Después de 30 minutos, el coche ya está casi vacío, ahora solo quedamos los tres. Lucía se da vuelta de vez en cuando para mirar a Marín cantar un bolero que le sale del alma, parece enred rsele en el bigote porque no para con las muecas, ella se r e divertidísima; luego me pone los ojos encima, me pregunta por qué no canto y esa cara. Le digo que estoy preocupado, Belu est  sola en la casa, además, este cielo negro –S , Belén Martínez, no Lucía yo soy Soler, es el apellido de soltera de mi madre que en paz descanse; ya te puedes hacer una idea de las cosas –. Entonces Lucía guarda silencio, parece meditar algo mordiéndose el pulgar y yo con las manos en el volante, oteando el cielo, luego a ella.

–Al final no me respondiste nada –suelta Marín poniéndome las manos en los trapecios, sac ndome de ese bucle tenso – Vas o no?

Yo suspiro como si trajera algo pesado en los pulmones, Lucía me mira, luego a Marín.

–Bueno peluca  Qu  dices? –insiste.

Lucía le pone la mano en el brazo y lo mira, él me quita las suyas, se hace para atrás. A mí me parece que con esos ojos ha desgajado furias, impertinencias y una que otra discusión.

–Deberías ir, tendrías más atención, quizás hasta Jane Fonda llegue a oír de ti si la manifestación se transmite por televisión nacional, puede que así tengas la beca más rápido para estudiar en New York, ya sabes, publicidad gratuita. Yo te acompañaría –y a esa frase le añade un tono dulce mientras toca mi hombro.

– Me hablas en serio o practicas una escena? –digo sonriendo.

Lo ha conseguido, estoy más tranquilo. Ahora ella retira la mano y voltea hacia la ventana de su asiento.

-Ya está cayendo.

-¿Qué cosa?

-La lluvia.

Saco la cabeza, mis ojos van hacia arriba y de pronto el cielo parece desplomarse, mandando el agua como a cascadas. Estornudo, pienso en Belu limpiando; poniendo los platos de figuritas, pienso en el resfriado que no he cuidado, en la mierda de asma que me legó mi padre o eso dijo mamá, ya no sé, poco me contó de él. Pero aquello fue lo último que dijo antes de irse con el padre de Belu a un viaje del que no regresarían jamás. Ya solo fue ver los periódicos y oír la comidilla del barrio sobre el hundimiento del barco. Que fue así, tan de repente... Ahora toso y le pido a Lucía que suba la ventanilla. Callamos. Por alguna extraña razón la música ha dejado de sonar, nadie se pregunta por qué, tan solo estamos aquí, en silencio, escuchando como la lluvia azota el escarabajo.

Cuando estamos a dos metros de la 23-15 Lucía pide que pare, lo hago.

Intento quitarme la chamarra para dársela, pero ella se niega, en cambio solicita la de Marín y que se baje con ella para que así yo pueda estar pronto en casa.

-Pasa por acá mañana- me dice.

Luego me besa en la mejilla sosteniendo mi cara con su mano tersa y dorada, de pronto un reluz me da de pleno en los ojos.

-¿Y eso?

-¿Esto? ah, un colgante.

-Sí, pero ¿un reloj de arena?

-Es para saber cuánto tiempo me queda -sonríe -, en mi habitación hay otro más grande, si te quedas mañana, puede que te deje verlo desde mi almohada.

Nos reímos, yo con cierta timidez y ella con evidente picardía. Me besa en la otra mejilla y se marcha. Ambos lo hacen.

Asiento y piso gradualmente el acelerador. Intento sintonizar alguna estación (de preferencia americana, a lo mejor con suerte consigo un blues para relajarme), la música no brota, en su lugar hay un ruido blanco



mezclándose con la lluvia que redobla y cae con más fuerza.

Me ajusto el cinturón y tomo el camino alternativo por cuya berma se extiende una arboleda de eucaliptos –¿cómo estará Belu?

Mientras tengo su nombre en la punta de la lengua ladeo la cabeza, miro a través del parabrisas más allá de los hilos de agua que caen y se aplastan contra el vidrio, la densa negrura del cielo que por un segundo parece transfigurarse en una sustancia viscosa que casi se puede tocar –hace meses que no llueve así.

La inquietud vuelve a invadirme, ahora no sé si continuar o detenerme; acelerar para llegar tan rápido como es posible significaría la tentativa de un accidente, detenerme, la incertidumbre sobre el bienestar de Belén. Miro el reloj, el segundero parece ir más lento de lo normal o quizás es la sangre que escucho bullendo en mis oídos la que me da la impresión de lentitud. Acelero, me arrellano en el asiento, agarro con tal fuerza el volante que los huesos me truenan y aplasto el pedal. Pero cuando los segundos están próximos a volverse minuto, las ruedas pierden estabilidad, el coche se desliza peligrosamente y es entonces cuando desisto de esa idea estúpida y más que todo, suicida. Retiro el pie del pedal poco a poco, y no sé si es un milagro o la mecánica del carro la que hace que este se detenga en seco, se apaga. Por más que intento encenderlo permanece igual, desde aquí, en medio del aguacero me parece más un animal muerto que un Volkswagen de segunda.

Llueve con más agresividad y yo lo siento como una granizada de un invierno aplazado, miro de nuevo el reloj, la manecilla va y viene como un tic nervioso (mecánico en este caso), se ha dañado. La inquietud trepa por la garganta, la tos recae, se agudiza. La preocupación se torna insoportable, así que intento contar hasta diez.

Cuando levanto la solapa y el cuello lanudo, veo sin querer a eso de diez metros entre los árboles, un par de luces diáfanas enmarcadas en unas ventanas –gracias a Dios –. Me giro para darle un vistazo a las bolsas de carne que reposan en los asientos, luego a la manija de la puerta, la miro fijamente con la certeza de que el frío va a empeorarme; cierro los ojos, doy un último respiro y salgo disparado del escarabajo. Corro, pero la tos me entorpece el ritmo y el oxígeno que se escapa. Jadeo, grito a mitad de la carrera: «¡Ey! ¡Abran la puerta!» y eso ya es sonido como otros tantos que se pierden en el estruendo del aguacero. El agua me golpea, la siento penetrar hasta los huesos con su aire gélido que termina por doblegarme en el suelo y la tos que no para.

La casa –¿Dónde está la casa? –, la veo con dificultad, la veo alejándose, diluirse entre la inmensidad de los árboles con sus ventanas diáfanas, sus posibles tazas de chocolate caliente y cobijas de lanas gruesa. Tomo un aliento que me cuesta una vida, me levanto temblequeando yendo hacia

el amparo del escarabajo, pero después de creer estar a salvo, no lo encuentro, ya no está, ni él y la carretera. Solo la lluvia voraz y la arboleda que me engulle; estos pulmones que se encogen, la oscuridad.

Cuando despierto titiritando por el frío, el aguacero ha acabado, el único rastro son las gotas deslizándose de las hojas de eucalipto entre la tiniebla y la neblina.

–Está perdido –escucho y la voz la siento desde muy lejos, impersonal, vaga.

Intento dar con la cara y ya no sé si es el frío, el miedo, o el alivio el que me hace llorar, a estas alturas, ya no importa.

–Levántese, le ayudo.

Siento que algo me toma del tronco, me levanta; veo mis pies borrosos, como desdibujándose entre las ramas y la hierba, luego la tos violenta que despierta y parece arrancar con rabia una flema, pero en su lugar, es sangre la que escupo en el dorso de la mano.

–Hay que apurarse o no va a llegar.

Ahora suena como a voz de viejo de sesenta y tantos, pero duro.

Entonces veo el escarabajo, a mí se me antoja una risa que no sale. Parece un chiste, no han pasado ni cinco minutos cuando estoy frente al puñetero coche.

–¿Hace cuánto dejó de llover? –pregunto con algo de dolor.

Me pone la mano en el pecho, me sostiene mientras con la otra abre la puerta.

–Hace cinco minutos.

Arrugo la cara, un nudo se me hace en la garganta, entro y me siento.

–¿Cinco minutos? ¿Y cuánto duró? –inquiero dudoso.

–Diecisiete.

–Pero icómo van a ser diecisiete!

–Eso fue lo que duró –responde impasible –eso y nada más.

Cierra la puerta. Yo bajo apresuradamente la ventanilla y cuando esta por

la mitad, él viejo pone su mano enguantada sobre el cristal.

–No la baje que es peor, mire que la neblina ha comenzado a meterse en el camino.

–Si, pero dígame como salgo de aquí.

–Usted no más sígame, allá esta mi coche.

Y cuando estoy encendiendo el escarabajo ya no está, veo su silueta en el asiento del conductor. Entonces comenzamos a marchar.

Después de algunos minutos de conducir en esta sinuosa y mojada carretera, invadida ya por la niebla, él disminuye la velocidad, yo hago lo mismo, pero de inmediato da la vuelta y pasa a toda prisa en el sentido contrario, gritando: «Siga derecho, no se desvíe, no se duerma, pronto verá la salida» y vuelvo a sentir su voz como al principio, lejana, imprecisa, casi como un susurro que viene de todos lados.

Hago lo que dice y luego de lo que parecen noventa minutos, estoy frente al garaje de la casa. Tengo la cabeza apoyada sobre el volante, frotándome los dedos entre sí; medito lo que acaba de pasar cuando de repente un tufo putrefacto me patea en la nariz. Me giro sobre el respaldo para inspeccionar las bolsas, pero al abrirlas el olor es más intenso y repúgnate. Me dan arcadas, trato de apaciguarlas y arrojo las bolsas fuera del escarabajo.

Ya bajo el portal, introduzco las llaves en la cerradura; cuando estoy por girar el picaporte, la puerta se abre recia. La cara pálida de Belu aparece en la tiniebla del zaguán, me mira, se va sobre mí, se apretuja en mi pecho y comienza a llorar.

–Perdón, sé que me tardé un poco, pero fue por el aguacero y para nada porque la carne se echó a perder –le digo abrazándola.

Ella se retira empujándome, y me da un puñetazo en la solapa.

–¡Dónde estabas! –me grita con la voz quebrada y la cara toda mojada –. ¡La policía te busca desde hace días!

Se lleva las manos a la cara, se sienta en la butaca gimoteando. Yo bajo la mirada, frunzo el ceño desconcertado.

–¿Días? –me llevo las manos a la cintura y miro vagamente en derredor.

–Belén...pero si solo fueron unas horas.

Los ojos rojos y brillantes me miran con dureza, en la voz se le siente un

enojo cocinándose, parece rezumarle por toda la cara.

–¡Todos te hemos buscado Bruno! –suelta al fin, dando un golpe en el reposa brazos–. En los hospitales y...en la morgue –dice conteniendo un espasmo que anuncia un redoble del llanto.

Cierro la puerta, me agacho frente a ella y pongo mis manos sobre las suyas que ahora se empuñan con fuerza.

–Bueno, ya estoy aquí –le digo con delicadeza, forzando una sonrisa y abriendo suavemente sus dedos.

Ella baja la cabeza, la sacude.

–Belu, estoy aquí, contigo –y las manos están abiertas, con las uñas marcadas en la piel enrojecida.

Ella se pasa la manga por el rostro, se levanta.

–Ve a cambiarte, te haré algo de chocolate –dice, restregándose la mejilla con la palma.

Entreabro la boca y siento el escalofrío.

–¿Sucede algo? –pregunta, la otra manga va a la nariz.

–Nada –cierro los ojos con fuerza –. Solo...nada, ya vuelvo.

Al descender mientras me seco el cabello con una toalla, la veo sentada en el rincón del teléfono, me mira y señala la mesita junto al sofá. Tomo la taza humeante, me siento.

–Sí, está bien...lo llamaré...no se me olvida, aquí tengo su número. Gracias oficial.

Cuelga.

–¿Era tu novio? –pregunto sonriendo y dando un sorbo a la taza.

Me hace una mueca y arruga la frente, luego se sienta cruzada de piernas en el sillón frente a mí.

–Cree que te fuiste de juerga, que te drogaste o algo. ¿no lo hiciste?

-Lo mío es el Marlboro y esto que ves aquí -y levanto la taza.

-¿Me lo juras?

-Belu estaba lloviendo, bajé del coche, me perdí y luego me desmayé, eso es todo -respondo algo exasperado -. Lo que no me explico es...

Me interrumpe.

-He vuelto a oír a papá y a mamá... los he sentido caminar por los pasillos.

-Pero Belén, por Dios. -le digo bajando la taza -. ¿Otra vez? ¿Desde cuándo los estas escuchando? ¿En estos días? Es mi culpa por hacerte caso, es mejor que regreses a las terapias y no vayas a ese condenado viaje.

-¡Desde hace mucho! -grita apretando los puños, respira; parece intentar controlarse, relaja las manos, suspira -. También escuché a la abuela...la he visto Bruno. Me dijo que alguien vendrá a la casa -continúa mirándome fijo, luego tose, lo hace más fuerte -. Me has contagiado tonto.

-Será mejor que durmamos aquí frente a la chimenea, sobre todo yo que he tosido sangre.

Ella me mira y ahí van otra vez esos ojos.

-Ya sé, ya sé, dejaré de fumar y me cuidaré mejor la próxima vez. ¿Va?

-Bien. Iré por cobijas y almohadas -dice, pero cuando se levanta parece quedarse sin piso, se sostiene de la repisa de la chimenea.

-Belu ¿Estás bien? -pregunto dejando la taza sobre la mesita.

-Sí, es solo que no he dormido nada.

-Vale, ya vuelvo.

Durante la noche, todo transcurre con tranquilidad, exceptuando algunas cosas por parte de ambos y uno que otro quejido de Belu, pesadillas, supongo. Al despertar llamé a Lucía, le conté lo que pasó, sin detalles por supuesto, no quería que la teoría del oficial fuese la explicación más acertada. Cuando colgué, Belu aún seguía dormida, acurrucada con las almohadas y cojines desparramados. Me agaché para mirarla de cerca antes de salir a comprar algunas cosas para el desayuno -Pensar que una persona tan menuda tenga un temperamento del carajo -, y aparté un

mechón de su cara.

Cuando estoy de vuelta en casa, ella sigue ahí, soñando inmóvil, respirando con ese aire pesado como si las cobijas estuvieran hechas de arena. Miro el reloj de pulsera –Verdad que no sirve.

Veo el de pared y dan las once, pero Belu nada que abre los ojos. Entonces dejo las cosas en la mesa del comedor y voy a inclinarme para despertarla.

–Belu –le hablo–. Nena despierta –digo moviéndole el hombro–. Oye arriba, ven y desayuna –La sacudo por los hombros, ella por fin los abre, sonrío, pero al segundo el gesto desaparece. Belu grita como si algo la espantara, se me tira encima arañándome la cara, intento separarla tomándola de las muñecas; pero no basta porque ella alarga el cuello y me entierra los dientes en el hombro. La empujo y ella se levanta, sigue con sus alaridos, luego toma la taza de anoche vacía ya, y me la arroja a la cara, no acierta; después un florero que se hace pedazos en mi antebrazo. De pronto parece quedarse sin aire y después, se desvanece.

En el hospital, luego de curarme las heridas, algunos policías me hacen preguntas, uno presume un intento de violación o alguna clase de agresión bajo sustancias, (supongo que ha sido él quien llamó anoche) pero al final la hipótesis se descarta. Algunos exámenes ayudan a esclarecer las cosas: Le diagnostican psicosis paranoide, anemia y otras afecciones igual de graves; fueron la secuencia de hilos que al final desenredó el ovillo, llevándonos al origen: Saturnismo o intoxicación crónica por plomo. Los doctores dijeron que esas situaciones se dan por el alto contenido del químico en las casas antiguas, gasolina; pinturas y en otros casos, utensilios tan ordinarios como los que se encuentran en ciertos platos de figuritas pintadas a mano, muy comunes a finales e inicios del siglo. No me dieron esperanzas, salvo que harán todo lo que esté en sus manos. La línea de siempre.

De pie en la azotea del hospital, inclinado sobre el bordillo, miro la gente entrar y salir con su ropa blanca, incumpliendo la promesa que le hice a Belu con cada bocana que le doy al último Marlboro. Pienso en la abuela y en el sentido de sus palabras mientras contemplo las nubes juntándose, mudando lentamente su color inmaculado. Pienso en mamá, también en Lucía; ahora solo me nace la necesidad de bajar al parqueadero, encender el escarabajo y conducir cerca de las 23-15 para luego perderme entre la lluvia y los eucaliptos.

Woland Verdecia.

